



Sobre la distinción de Richard Rorty entre *Filosofía sistemática y Filosofía edificante.*

Simón Royo Hernández

Nos detenemos a reflexionar a partir de Richard Rorty sobre la distinción entre *filosofía sistemática* y *filosofía edificante*, prosiguiendo así la indagación de una controversia que jalona toda la última parte del siglo XX y el principio del siglo XXI: la que opone modernidad y postmodernidad.

Según expone Richard Rorty en el que sin duda es su mejor libro¹ en toda sociedad se impone un discurso normal (generalización de la idea de ciencia normal de Kuhn) que consiste en “todo discurso (científico, político, teológico, etc.) que encarne los criterios aceptados²”, sobre unos discursos anormales que no se atienen a esos criterios. De ahí deriva la distinción entre una *filosofía normal o sistemática*, anclada en la matriz tradicional cartesiano-kantiana y una *filosofía anormal o edificante* que contaría con Wittgenstein, Heidegger y Dewey como los representantes que Rorty señala y recoge, pero en alusión a toda aquella filosofía que no se atendería a la tradición y que serviría de ayuda o impulso para su superación, revolución, transformación y cambio de paradigmas.

Tanto la edificación como el sistema son productivos y creemos a diferencia de Rorty que ambos pueden ser discursos normalizadores o revolucionarios, ya que el sistemático Marx quizás haya sido uno de los que más transformaciones reales del mundo generaron, pero se nos aclara que: “La distinción entre filósofos sistemáticos y edificantes no es la misma que la distinción entre *filósofos normales* y *filósofos revolucionarios*. Esta última distinción pondría a Husserl, Russell, el segundo Wittgenstein y el segundo Heidegger en el mismo lado de la línea divisoria (el de los *revolucionarios*)³”. El discurso anormal resulta de la crítica del discurso normal y constituye el motor (semejante al escepticismo en la *Aufhebung* hegeliana, pero sin solución de continuidad ni *télos*) de las revoluciones discursivas, revoluciones que a nuestro juicio nada valen si no tienen implantación social que incida en la modificación real del estado de cosas del mundo, pero que implican algo más que una mera reforma. Rorty afirma que hay “dos clases de filósofos revolucionarios”, los *filósofos sistemáticos revolucionarios*, que son los que revolucionan la normalidad instituyendo una nueva norma (reforma), y los *filósofos revolucionarios edificantes*, que son los que destruyen la normalidad con la anormalidad (quiebra, ruptura). Pero con ello condena a la edificación, paradójicamente, a no poder ser productiva, constituyente, constructiva; de ahí que nosotros defendamos las virtualidades reformistas, revolucionarias o conservadoras para cualquiera de las tendencias por él clasificadas.

A continuación se nos ofrece otra nueva distinción que nos provoca también algunos reparos, aunque no deja de ser interesante. Esta vez respecto a *métodos e intenciones*, entre los filósofos sistemáticos (menciona a Husserl, Russell, Descartes, Kant) y los edificantes (el segundo Wittgenstein, el segundo Heidegger, Kierkegaard, Nietzsche): “Los grandes filósofos sistemáticos son constructivos y dan argumentos. Los grandes filósofos edificantes son reactivos y presentan sátiras, parodias, aforismos. Saben que su obra perderá vigencia cuando se pase el periodo contra el que estaban

¹ Richard Rorty *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Op.cit. (Las citas que siguen de Rorty pertenecen a esta obra).

² Richard Rorty Op.cit. «Introducción», p.20.

³ Richard Rorty Op.cit., p.333.

reaccionando. Son *intencionalmente* periféricos. Los grandes filósofos sistemáticos, como los grandes científicos, construyen para la eternidad. Los grandes filósofos edificantes destruyen en beneficio de su propia generación. Los filósofos sistemáticos quieren colocar su materia de estudio en el camino seguro de la ciencia. Los filósofos edificantes quieren dejar un espacio abierto..., que haya algo nuevo⁴. Nuestro reparo más importante aquí es contra la idea rortiana que circunscribe la vigencia del pensador reactivo a su propio tiempo y contra la que priva de carácter argumental a su discurso. Conviene entonces matizar y pulir su clasificación (que no es edificante sino sistemática). Contra la primera, la adscripción irremediable a la propia epocalidad, podemos recordar el significado preciso de “intempestivo” en Nietzsche y su propia noción de la vigencia de su pensamiento. Contra la segunda, la reducción de la edificación a Aristófanes, apuntar que argumentar no equivale siempre a construir, como sugiere aquí Rorty, y que el ejercicio deconstructivo de la tradición se puede abordar con una gran multiplicidad de discursos, no exclusivamente con “sátiras, parodias y aforismos”; que si no se ejercen con el mayor de los talentos en nada se diferencian de los insultos y descalificaciones arbitrarias y gratuitas.

En la segunda de sus consideraciones intempestivas, Nietzsche explica el concepto de *Intempestivo* mientras realiza una condena del historicismo historiográfico en auge del siglo XIX, (que precisamente se encuentra arraigado en buena parte de la hermenéutica contemporánea), dice Nietzsche: “Esta consideración es también intempestiva porque yo trato de entender como un mal, como una enfermedad y un defecto de nuestra época algo de lo que ésta está orgullosa con razón, su cultura histórica, porque llego incluso a creer que todos sufrimos de una fiebre de consunción histórica y que por lo menos todos deberíamos reconocerlo⁵”. Una consideración es calificada de -intempestiva- cuando se opone radicalmente a algún fenómeno aplaudido y reconocido como un bien y un orgullo por los contemporáneos. Es *intempestiva* la crítica de aquello que lejos de ser objeto de críticas, es ensalzado y considerado como el gran logro y como la posesión más preciada y característica de una determinada época. Como ha ocurrido con la ciencia positivista y la modernidad progresista. En este sentido, las intempestivas de Nietzsche ya suponen una inversión -y una transvaloración- de los valores vigentes por valores por venir. Siguiendo a Goethe, Nietzsche califica el “sentido histórico” de su época de “virtud hipertrófica”. Si bien añade que las -torturantes sensaciones intempestivas- las ha sacado 1) a) de sus propias experiencias, b) de la comparación con experiencias ajenas y 2) de sus estudios histórico-filológicos.

Con lo cual vemos que aun encajando lo anterior con la edificación rortiana, no encaja con su circunscripción de la vigencia temporal. Lo intempestivo no se circunscribe a la propia época porque resulta una forma de obrar contraria al tiempo, un obrar aquí *argumentativo*, que precisamente saca del conocimiento de la historia su capacidad de obrar contra la historia, más allá del tiempo, propuesta como medio de edificación de vigencia ilimitada. La sistematicidad de un gran filólogo fue el suelo sobre el que se alzó el gran filósofo edificante que acuñó el término *intempestivo*.

A continuación Rorty se tiene que enfrentar a la impresión paradójica que produce el entrelazamiento de *filósofo* y *edificante*: “La idea de un filósofo edificante constituye una paradoja. Platón definió al filósofo en oposición al poeta. El filósofo podía dar razones, argumentar sus opiniones, justificarse⁶”. Y efectivamente, la idea del filósofo reactivo es hoy paradójica respecto a la tradición platónica, pero Platón definió al filósofo

⁴ Richard Rorty Op.cit., p.334.

⁵ Friedrich Nietzsche: 2ª de las Consideraciones Intempestivas: *De la utilidad y de los inconvenientes de la historia para la vida* (Escrita en 1873). Traducción esp: Ediciones Península. Barcelona 1988, p.56.

⁶ Richard Rorty Op.cit., p.334.

no sólo en oposición al poeta, sino también en oposición al sofista y a Sócrates, a quienes el propio Rorty se remite en otros momentos del libro y que ahora olvida⁷, a quienes, precisamente, se dedican a argumentar sus opiniones (diálogos socráticos), como medio de aprendizaje-enseñanza, en oposición al filósofo (diálogos platónicos) que ya sabe o cree que sabe (ciencia, representaciones privilegiadas) y que enseña (adoctrina - Platón) y en oposición al poeta (Homero, Ion) y al místico, que también saben (intuición privilegiada, mística) y enseñan. Para nosotros lo reactivo es conservador en la medida en que se limita a destruir cuando no a conservar (en cuyo caso se torna reaccionario) los poderes dominantes. Desde Nietzsche y Deleuze se caracterizará al filósofo edificante como principal abanderado de las *fuerzas afirmativas* que abren y fundan (Heidegger) porvenir frente a las *fuerzas reactivas* de la mera conservación de lo dado. No obstante no es recomendable y se podrá muy excepcionalmente comenzar de cero, luego lo edificante tendrá que conservar lo sistemático y brotar a partir de un rebasamiento de lo sistemático, no de la inspiración otorgada por el Espíritu Santo.

Platón no era un pensador sistemático sino que fue en su mayor parte edificante. Sólo en el Menón se trata de geometría y sus *Diálogos* no son sino un nuevo género literario inventado por quien en su juventud quiso ser compositor de tragedias; género literario filosófico retomado por Voltaire, Rousseau, Berkeley, Galileo Galilei, etc., muy vinculado al teatro clásico. Ya Heidegger en sus *Holzwege* advirtió que la noción de *Sistema* era ajena a los griegos y por tanto señaló que constituía un anacronismo aplicar al pensamiento de Platón la consideración de pensamiento *more geométrico* al modo de la *Ética* de Spinoza junto a *pensamiento sistemático* propio de Kant, Hegel o Husserl. La fundamental creatividad edificante que en cruce dialéctico-sintético aflora en la comprensión de los sistemáticos es que acuñan terminología propia, construyen conceptos nuevos, inventan palabras; de ahí que el problema fundamental de los filósofos de imitación, de los jóvenes que comienzan a estudiar filosofía y de quienes no han rebasado nunca la pretensión de dar el salto mortal desde la *eikasía* hasta el *nous*, proviene de que acuñar un vocabulario propio no es más que el final nunca el principio y el manejar vocabularios ajenos (si bien puede ser un buen ejercicio racional y la misión de los profesores sea la de divulgar y hacer accesible los conceptos creados por los grandes pensadores), al manejar vocabularios ajenos como si fuesen propios, sin embargo, no sólo puede llegar eso a ser un fraude, sino alcanzar lo ridículo. El *principio de economía* que rige el salto sobre la escalera hegeliana nunca se produce por mucho desearlo ni conscientemente sino que adviene a quien le adviene sin que se de cuenta de ello.

Al tratar a Platón como el fundador de la Academia bajo el lema legendario *que no entre aquí quien no sepa geometría*, aquí aludimos, por supuesto, al uso y comprensión más frecuente de los escritos de Platón; a la forma de interpretación académica y oficial, efectiva, tal y como se ha desarrollado en la tradición moderna hasta llegar a nuestros días. Nos referimos con ello a la interpretación más frecuente y potente aún hoy vigente, no a la más inescrutable *verdadera filosofía de Platón* que los buscadores de esencias del presente creen haber fijado definitivamente. Por eso, aunque hayamos sugerido un modelo de interpretación de la tradición platónica matizando el ofrecido por Rorty, estamos de acuerdo con él en afirmar que: “La permanente fascinación del hombre que inventó toda la idea de la filosofía occidental -Platón- está en que todavía no sabemos qué clase de filósofo era. Aun cuando se deje de lado la *Séptima carta*, por apócrifa, el enigma se mantiene vivo por el hecho de que tras milenios de comentarios nadie sabe qué pasajes de los diálogos son bromas⁸”. Esto no significa que no se puedan hacer reconstrucciones interpretativas documentadas mejores y peores del pensamiento platónico, pero implica, sin embargo, que nadie puede arrogarse

⁷ Cfr. Richard Rorty Op.cit., p.149 & p.289.

⁸ Richard Rorty Op.cit., p.334, nota 15.

el mérito de captar definitivamente la esencia de Platón, ni la de ningún otro filósofo; sino a lo sumo recoger y desarrollar algunas de sus ideas. Desde luego el pensamiento edificante, ya hemos dicho, no nos parece meramente escéptico e irónico, sino también mayéutico (Sócrates) y constructivo.

Rorty acierta al clasificar a los filósofos edificantes como los que se niegan a presentarse como si hubiesen encontrado una verdad objetiva, pero yerra al decir que carecen de argumentaciones porque argumentar no equivale a la afirmación de que se descubren esencias. Los filósofos edificantes violan las reglas del discurso normal desde su negación de la correspondencia hasta el meta-nivel de su negación de las pretensiones ontológicas o trascendentales: “Los filósofos edificantes deben criticar la misma idea de tener una opinión, y al mismo tiempo evitar tener una opinión sobre tener opiniones⁹”. Pero es equívoco que Rorty utilice aquí la palabra *opinión* como sinónimo de *ofrecer representaciones exactas de cómo son las cosas*, lo que platónicamente se considera el cometido del filósofo sistemático; con lo cual habría que sustituir, en la cita anterior, *opinión* por *verdad absoluta o definitiva*, para captar el sentido que suponemos que le quiere dar el propio Rorty pero recuperando nosotros las argumentaciones para la edificación.

Si seguimos el razonamiento de Rorty con la sustitución mencionada, diremos que al expresarse un filósofo edificante como “Wittgenstein” o “Heidegger” no tiene necesariamente que considerarse que estén expresando una *verdad definitiva* sobre un tema (Rorty escribe *opinión*): “Quizá el decir cosas no sea siempre decir cómo son las cosas... Los dos autores indican que vemos a las personas en cuanto dicen cosas, cosas mejores o peores, sin verlas como si exteriorizaran representaciones internas de la realidad¹⁰”. Para eliminar las metáforas visuales y sus implicaciones negativas “hemos de entender el habla no sólo como no exteriorización de las representaciones internas, sino como no representación en absoluto¹¹”. Ello implica ver a los filósofos como edificantes, como interlocutores en una conversación en lugar de jueces de las conversaciones. Esto es “una forma de concebir la sabiduría..., es pensar en ella como la sabiduría práctica necesaria para participar en una conversación¹²”. Su misión será la de impedir que la conversación degenera en investigación, que se inscriba exclusivamente en el kantiano camino seguro de las ciencias.

Los seres humanos usan juegos lingüísticos como formas de hacer frente a la realidad. De ahí que la *filosofía edificante* busque mantener una conversación más que el descubrir la verdad o como decimos nosotros corrigiendo a Rorty, busque otras vías más bien artísticas y literarias de acceder a una verdad no absoluta ni eterna en contraposición a la tradición sistemática. El negar la posibilidad de encontrar la única y definitiva teoría verdadera del mundo no implica, como los antagonistas de Rorty han supuesto, una negación de la *realidad física objetiva*, sino un cierto agnosticismo frente a un contacto inmediato con ella. Por eso advierte Rorty que no hay que confundir “*contacto* con la realidad (relación causal, no intencional, no relativa a la descripción) con *hacer frente* a la realidad (describirla, explicarla, predecirla y modificarla -cosas todas ellas que hacemos bajo descripciones)¹³”. El *reduccionismo monista* es el mayor peligro de la sistematización frente al pluralismo antireduccionista. La idea de *commensuración universal* mediante la hipostatización de un conjunto privilegiado de descripciones o la reducción de todas las posibles a una, es la propuesta de hacer innecesaria una nueva redescipción, el afán de que todo se normalice: “Los filósofos edificantes están, por consiguiente, de acuerdo con la opción de Lessing por la aspiración infinita a conseguir la

⁹ Richard Rorty Op.cit., p.335.

¹⁰ Richard Rorty Ibid.

¹¹ Richard Rorty Op.cit., p.336.

¹² Richard Rorty Ibid.

¹³ Richard Rorty Op.cit., p.339.

verdad y no por *toda la Verdad*. Para el filósofo edificante la misma idea de encontrarse con *toda la Verdad* resulta en sí absurda, pues también es absurda la idea Platónica de la Verdad misma. Es absurda tanto como noción de verdad sobre la realidad que no es sobre la realidad-bajo-una-determinada-descripción, como en forma de noción de verdad sobre la realidad bajo una descripción privilegiada que haga innecesarias todas las demás descripciones porque es conmensurable con cada una de ellas¹⁴. No puede alcanzarse “toda la Verdad” pero sí pueden alcanzarse “verdades” y apreciar el entrelazamiento entre las mismas. No todo está relacionado con todo pero sí que se establecen relaciones no reduccionistas entre los diversos niveles de emergencia de la realidad. El descripticismo rortiano pragmático es muy limitado pero recoge bien la defensa del pluralismo, aunque carece de un tratamiento ontológico del problema, librándose así de una parcela fundamental del pensamiento.

La idea de mantener la conversación que Rorty comparte con Gadamer (aunque el segundo diga acertadamente “verdades” en lugar de “descripciones”) es la de “considerar a los seres humanos como generadores de nuevas descripciones más que como seres de quienes se espera que sean capaces de describir con exactitud¹⁵”. Antes de hallar verdades absolutas (esencias, necesidades inmutables) lo que se hace es generar nuevas verdades a partir de las que ya hay. (En el ámbito ontológico diríamos que se trata de generar mundo a partir del mundo previo y de la tierra). La propuesta postmoderna la sintetiza Rorty como la de concebir a los seres humanos “como *pour-soi* y *en-soi*, como objetos descritos y sujetos que describen simultáneamente¹⁶”, tomándose en serio la noción de círculo hermenéutico, (que aquí Rorty vuelve a plantear con un vocabulario sartreano que americaniza quitándole profundidad y extensión). Mantenerse al nivel gnoseológico de las descripciones y al nivel pragmático-conductista y positivista más llano es lo que empobrece el planteamiento de Rorty y lo que hace necesario acudir al que (partiendo de Heidegger) recoge Gadamer, porque como hemos dicho los segundos sí se hacen cargo de la Ontología.

El existencialismo al definir al hombre como sin esencia consigue evitar el esencialismo, pero corre el peligro de caer en el dualismo espíritu/naturaleza si se quiere entender de ese modo el *para sí* de los sujetos y el *en sí* de los objetos. Para evitarlo, Rorty señala que “las doctrinas *existencialistas* de que vengo hablando son compatibles con el conductismo y el materialismo que he defendido en capítulos anteriores¹⁷”. Y declara que son los *filósofos que quieren ser a la vez sistemáticos y edificantes* quienes consideran dichos ámbitos incompatibles. Confunde entonces lo “sistemático” con lo “moderno absolutista” y lo “edificante” con lo “postmoderno”, pues el rigor de las ciencias no tiene necesariamente que implicar totalización ni absolutismo y la libertad de las artes no excluye su solidificación absolutista y totalizadora.

Desde su limitada concepción de lo sistemático y lo edificante Rorty quiere contestar exclusivamente a dos rivales de su discurso que han pretendido articular al mismo tiempo nociones hermenéuticas y ámbitos trascendentales. Por eso indica que el dualismo espíritu/naturaleza planea sobre los intentos trascendentalistas de Habermas y Apel que pretenden unir la epistemología trascendental de inspiración kantiana y la

¹⁴ Richard Rorty Op.cit., p.341.

¹⁵ Richard Rorty Ibid. Cfr. Martín Heidegger *Holzwege*. «Die Zeit des Weltbildes»: “El rigor de la ciencia matemática es la exactitud. En ella, todos los procesos tienen que ser determinados previamente como magnitudes de movimiento espacio-temporales... Por el contrario, todas las ciencias del espíritu y aun todas las ciencias de lo viviente, precisamente para permanecer rigurosas, tienen que ser necesariamente inexactas. Sin duda puede concebirse también lo viviente como magnitud de movimiento espacio-temporal, pero entonces ya no se capta lo viviente”.

¹⁶ Richard Rorty Op.cit., p.341.

¹⁷ Richard Rorty Op.cit., p.342.

hermenéutica. Esto supondría a su juicio una normalización de la hermenéutica que pasaría a formar parte del proyecto epistemológico tradicional, ya como *pragmática universal* o como *hermenéutica trascendental*, desvirtuándose, al abandonar el rechazo a la idea de filosofía como búsqueda de un marco permanente de investigación. Rechazo, sin el cual, ya no se puede hablar propiamente, a su juicio, de *filosofía edificante*. La *hermenéutica trascendental* es la mejor candidata a ocupar el puesto de la epistemología, porque es ya una hermenéutica desvirtuada que, manteniendo su carácter polémico, no mantiene su carácter revolucionario de no-normalizable. Si bien Rorty reduce la hermenéutica a su ámbito gnoseológico no aceptando el dar cuenta de la *Ontología hermenéutica* como debiera tras su autodeclaración como Materialista. Insiste una vez más en que la distinción espíritu/naturaleza, así como la epistemología, no deben ser reformuladas, sino abandonadas, lo que le sitúa ante la obligación de aclarar que su distinción entre *en sí* y *para sí* no es de ningún modo una recuperación dualista, sino una clasificación dentro un mundo natural, material y homogéneo. Pero no se da cuenta de que una vez anulado el Absoluto un ámbito trascendental gnoseológico, un ámbito ontológico de un Ser que cambia en el Tiempo y el ámbito de la contingencia, ya no son excluyentes. El problema de Habermas y Apel es que no introducen el Tiempo en sus reflexiones gnoseológicas (y no las hacen ontológicas) luego siguen en la modernidad absolutista y totalitaria.

Donde Rorty se queda en la superficie es cuando indica que no es necesario ningún punto de vista trascendental, ontológico ni universal, sino que basta con la *investigación empírica*, con “la antropología cultural (en un sentido amplio que incluye la historia intelectual)”¹⁸. A su juicio los positivistas tenían toda la razón al oponerse a la metafísica como el intento de ofrecer el conocimiento de lo que la ciencia no puede conocer motivo de que rechace los dualismos y sea inmanentista. Esto supone la negación al desdoblamiento del mundo en físico y no-físico (natural y espiritual) que se encuentra ligada al señalamiento de límites para el conocimiento y a un agnosto-atéismo epistemológico. Pero es necesario señalar en este punto que la comprensión ontológica de la co-pertenencia de los pares dialécticos tradicionales de la Historia del Pensar no implica necesariamente ninguna trascendencia ni ningún desdoblamiento del mundo al estilo monoteístico-moderno, así como una dialéctica bien entendida no tiene necesariamente que involucrar la idea de infinitud ilimitada del conocimiento y la dominación; sino que bien puede concebirse con todas sus limitaciones.

A su juicio y al nuestro la filosofía es relevante para las opciones político-morales. Pero la *filosofía sistemática* según este autor, si realmente llegase hasta el final en distinguir entre *hechos* y *valores* (lo que Rorty considera de forma positivista y errada equivalente al binomio *teoría y práctica*) y a trabajar exclusivamente con los primeros pudiendo quedar libre de valores; no se tornaría relevante para las opciones morales y no sería filosofía, sino una clase especial de ciencia. Es cierto que la religión explicada científicamente ya no es religión sino que es ciencia, ciencia de la religión. Pero Rorty no indica que la religión no reducida también pretende imponer verdades y con ellas prescribir formas de vida que deben ser las que hay que seguir. La ciencia es sistemática y la religión edificante pero a diferencia de Rorty nosotros vemos que ambas pueden ser tanto sistemas de dominación como sistemas de liberación, de modo que no encaja su dualismo entre sistemático y dominante y edificante y liberador.

Y esta confusión de querer reducir los valores a hechos sucede porque se pretende relacionar el captar los hechos tal como son, con el decirnos cómo vivir. De manera que, puesto que se nos imponen los hechos *verdaderos* en epistemología, igualmente se nos mostrarán los *valores político-morales* que hay que imponer a los demás. Pero si bien esta consideración ha sido y es intentada, nunca será posible, porque aunque la ciencia normal se pretenda libre de opciones morales, desde el punto

¹⁸ Richard Rorty Op.cit., p.344.

de vista edificante hay que decir que sólo logra que sus valoraciones queden implícitas en el discurso normal y no explícitas. No es posible elegir no elegir, porque esto sería ya una elección. Cuando alguien dice no tener ideología sino sólo ciencia lo que le ocurre es que no es consciente de la ideología que le envuelve necesariamente.

Por el contrario, en la hermenéutica, “el acuerdo intersubjetivo y democrático sobre los objetos que se da en la ciencia normal¹⁹”, no se considera como el descubrimiento de la Verdad a imponer, sino según Rorty como la construcción del mejor acuerdo posible en el momento actual, que será tanto epistemológico como político-moral, ya que elegir una teoría, es también comprometerse con los valores indisolublemente ligados a dicha teoría: “Ser conductista en epistemología es mirar bifocalmente el discurso científico-moral de nuestros días, como patrones adoptados por varias razones históricas y como consecución de verdad objetiva, donde *verdad objetiva* es ni más ni menos que la mejor idea que tenemos en la actualidad sobre cómo explicar lo que está ocurriendo²⁰”. Con lo cual, el discurso se tiene por provisional y teórico-práctico, en lugar de por exclusivamente teórico y eterno, lo que está bien; pero la de Rorty no es del todo la mejor idea, pues dice solo parcialmente la verdad parcial de la edificación, su filosofía es norteamericana y está falta de la profundidad de la europea.

Filósofos edificantes como Marx, Freud y Sartre, dice Rorty (no estamos de acuerdo con la clasificación de Marx entre los edificantes, pues nos parece más bien sistemático), se han dedicado a mostrar como la reflexión cambia el vocabulario y la conducta e indica que hay una tendencia ejemplificada en el cierre efectuado con Marx por los marxismos dogmáticos y el efectuado con Freud por el psicoanálisis sectario a convertir sus pensamientos revolucionarios en pensamientos de sostenimiento de un Sistema.

El concepto kuhniano de inconmensurabilidad planea sobre el planteamiento de Rorty forzándole a un relativismo al no reparar en los fenómenos de traducción y metaforización, aun percibiendo la compatibilidad o simultaneidad de diversos niveles de emergencia y alternativas múltiples en cada de uno de ellos: “La inconmensurabilidad implica irreductibilidad, pero no incompatibilidad²¹”. El que no se puedan reducir estos diversos *vocabularios* (dice Rorty reduciendo todo a lenguaje) no implica ningún desdoblamiento metafísico. El miedo a que la ciencia normal naturalista nos convierta en una cosa más que en una persona se identifica con el temor a la conmensurabilidad universal y a la ausencia de discurso anormal: “Pero los peligros para el discurso anormal no vienen de la ciencia o de la filosofía naturalista. Procede de la escasez de alimentos y de la policía secreta. Si hubiera tiempo libre y bibliotecas, la conversación que inició Platón no terminaría en la auto-objetivación -no porque algunos aspectos del mundo, o de los seres humanos, se libren de ser objetos de la investigación científica, sino simplemente porque la conversación libre y relajada produce discurso anormal²²”. La solución de las exigencias del *reino de la necesidad* son previas al *reino de la libertad* y condición de posibilidad del mismo.

Para matizar la postura de Rorty conviene apuntar que, dada la pluralidad de *vocabularios humanos*, es difícil imaginar la antiutopía de la reducción total de lo múltiple a lo Uno, pero no hay ninguna razón ni hermenéutica ni metafísica, ninguna inconmensurabilidad eterna, y ningún dualismo naturaleza/espíritu, que haga el segundo término permanentemente irreductible al primero, y que impida, al menos la posibilidad, de la conmensurabilidad total y definitiva. Lo que hoy es inconmensurable puede dejar de serlo mañana, luego la distinción *en sí* y *para sí* no nos asegura la imposibilidad de conmensurabilidad futura, nada lo hará. A este respecto creemos que a lo improbable

¹⁹ Richard Rorty Op.cit., p.347.

²⁰ Richard Rorty Ibid.

²¹ Richard Rorty Op.cit., p.350.

²² Richard Rorty Ibid.

que parece hoy en día la conmensuración global se une el hecho de que constantemente se esté produciendo discurso anormal, y que es sólo ésta última constatación la que nos puede llevar a adoptar una posición de prevención (producción de discurso anormal) contra la totalización. Desde la publicación del libro de Rorty que comentamos la emergencia de la Globalización y la hegemonía del Imperio norteamericano han vuelto a poner el peligro de Totalización o totalitarismo a la orden del día y ya no lo consideramos tan improbable; pues no nos parece que se limite a “discursos” puesto que la libertad de palabra la asegura siempre un Capitalismo cuando la palabra sobredeterminada por saturación en nada le afecta.

De acuerdo con Rorty *conocimiento* es sinónimo de *creencia*, todo conocimiento es creencia, pero ésta se divide en justificada mediante argumentos racionales e injustificada. Aquí es donde la teoría corre el riesgo de diluirse en la ideología y por eso el positivismo rortiano es aquí muy craso y vulgar. Para nosotros el conocimiento no es creencia si bien todo conocimiento está envuelto por creencias y determinaciones contextuales siendo imposible desgajar nunca completamente lo literario y lo científico; pero eso no quiere decir que no puedan darse márgenes de discriminación y plurales ámbitos de conocimiento.

Conocer es desde la *filosofía edificante* un derecho, el derecho a participar en la conversación de la humanidad, pero el retroceso mundial de la escuela pública y la falta de ocio en el mundo occidental impide que ese derecho se cumpla realmente. A juicio de Rorty la historia de la filosofía moderna constituye tan sólo una fase de la conversación: “espero haber demostrado cómo es posible considerar las cuestiones de que se ocupan actualmente los filósofos, y de las que ellos consideran que se ha ocupado siempre (quizá sin saberlo) la filosofía, como resultados de accidentes históricos, como giros que ha tomado la conversación. Durante mucho tiempo ha seguido este derrotero, pero quizá adopte otra dirección sin que por ello los seres humanos pierdan su razón, ni pierdan contacto con *los problemas reales*²³”. Todavía los sucesores sistemáticos de Kant se encuentran en el centro de la filosofía pero si los ataques edificantes tienen efecto, con el derrumbe de la imagen tradicional del filósofo se derrumbará la hegemonía de tal filosofía: “Abandonar la idea del filósofo en cuanto persona que conoce algo sobre el conocer que ningún otro conoce también sería abandonar la idea de que su voz tiene derecho preferente a la atención de los demás participantes en la conversación²⁴”. De manera que, sin la idea de la filosofía como algo que ofreciese *fundamentos* para el resto de la cultura, o que sentenciase desde el tribunal de la razón sobre los dominios de otras disciplinas, dejaría de existir el filósofo privilegiado, para pasar a ser filósofo (sin privilegios), todo ser humano, en cuanto participante de una gran conversación.

Desde el punto de vista hermenéutico la objetividad consiste en prácticas sociales funcionales y bien asentadas, y su búsqueda constituye uno de los componentes de la educación. *La filosofía edificante presupone la sistemática* puesto que surge como una reacción ante lo establecido, por eso mismo no es reactiva en sentido nietzschiano sino afirmativa. De manera que la educación siempre empieza por la socialización normalizada y es una vez que estamos familiarizados con esa parte de la educación que forma el discurso normal de las ciencias naturales y de la filosofía sistemática que podemos reaccionar, afirmándonos en su contra. “El discurso anormal y *existencial* depende siempre del discurso normal..., la posibilidad de la hermenéutica depende siempre de la posibilidad (y quizá de la realidad) de la epistemología, y... la edificación utiliza siempre materiales proporcionados por la cultura de la época²⁵”. Intentar el discurso anormal por ignorancia es un absurdo o una locura, adoptar un discurso exterior, ya sea rechazando o conservando el normal, es una posibilidad siempre abierta para

²³ Richard Rorty Op.cit., p.352-353.

²⁴ Richard Rorty Op.cit., p.353.

²⁵ Richard Rorty Op.cit., p.331.

quien sea capaz de realizar semejante esfuerzo de bilingüismo. Cada sociedad forma un discurso normal y una serie de discursos anormales, junto a los que, para llenar una laguna de Rorty, podríamos llamar *discurso exterior* y los *discursos ignorantes* (reacción contra la normalidad sin familiarizarse suficientemente con ella y, consecuentemente, incapacidad de proponer una opción alternativa interesante) y también estarían los *discursos exteriores ignorantes* (rechazo de la normalidad -con o sin familiaridad- y pretensión de adoptar un vocabulario externo alternativo sin familiarizarse suficientemente con él). La *hermenéutica gadameriana* salva los escollos mencionados al hacerse cargo de la tradición y la *filosofía de la diferencia*, aunque no explícitamente, no deja de estar realizada por profundos eruditos y elevados conocedores del pensamiento que les precede.

Respecto al nuevo estatuto del profesional de la filosofía en el supuesto de que la hermenéutica radical terminase generando transformaciones del status quo, (para lo cual a nuestro juicio no bastan los discursos sino que simultáneamente tendrían que darse cambios políticos y económicos de índole estructural que estamos muy lejos de alcanzar), Rorty lo califica como *Historiador de la filosofía*: “En cualquier caso, la necesidad de profesores que hayan leído a los grandes filósofos desaparecidos es más que suficiente para garantizar que siga habiendo departamentos de filosofía mientras siga habiendo universidades²⁶”. Lo que parece una sugerencia implícita a que dejen de haber primero filósofos profesionales, después departamentos de filosofía, para terminar con que desaparezcan las universidades y sea la ciudad escuela y los ciudadanos, todos, tanto alumnos como profesores. El peligro neoliberal de esta bonita idea que suscribimos estriba en que liquidar el soporte estatal de los profesionales de la historia del pensamiento pudiera no ser seguido de la devolución del ágora a los ciudadanos, sino del desmantelamiento político y social al que venimos asistiendo desde la publicación del libro de Rorty. Una mejor solución sería la de mantener el soporte público de la filosofía, sus instituciones educativas, al tiempo que extender la conversación sectaria de una Academia cerrada, abriéndola a toda la ciudadanía y extendiéndola a toda la sociedad. Así, en lugar de encapsular el conocimiento en ghettos académicos y prepara círculos cerrados elitistas, para la desagradable tarea de la dominación y de la guerra, se entrenaría todo el mundo en la difícil tarea de la libertad y de la convivencia. Pero para eso haría falta la ruptura de numerosas jerarquías para lo cual sería necesario que *el derecho a la renta básica, el ocio y la formación* se cumpliera plenamente en la realidad y no sólo en las palabras, sería necesaria una *democracia real o radical* y no la *democracia formal* que tenemos hoy en día.

²⁶ Richard Rorty Op.cit., p.354.